

¡Candela!

¡Candela! ¡Candela!

Cuando asustada abrió los ojos, Candelaria se pudo ver a sí misma reflejada en el cristal de la puerta del Metro.

Estaba confundida y sólo podía ver ese árbol que crecía, abriéndose paso entre la multitud que, curiosa, miraba con asombro ese hermoso espectáculo lleno de brillo, colores y un delicioso aroma de uvas verdes. Candelaria escuchaba que alguien la llamaba y con cautela caminó hacia la gente que se reunía en el centro del segundo vagón, a mirar cómo el palpitante árbol de brillantes, inmensas y frescas hojas de un delicado verde, casi fosforescente, no dejaba de crecer.

Candelaria, desde pequeña, siempre tuvo una fascinación por estos gigantes de los bosques y conservaba como un tesoro el recuerdo de la voz de su madre cuando la llamaba, después de una larga y productiva tarde de juegos, a comer su plato favorito, frijoles con arroz y luego a dormir, porque al día siguiente había que levantarse muy temprano para ir a estudiar. Todas las tardes, después de la escuela y de realizar sus deberes escolares, Candelaria se ponía sus zapatos rojos favoritos y salía a jugar. Cansada de correr, gritar y con dolor de barriga de tanto reírse, Candelaria se subía a su árbol favorito que estaba plantado detrás de su casa. Se recostaba en sus ramas y dejaba que la suave brisa de la tarde fresca de Medellín invadiera sus pulmones con el delicioso aroma de la felicidad y la tranquilidad: ¡Uvas verdes!

Y así transcurrían sus días entre la escuela, las tareas, sus juegos, sus amigos, la brisa de Medellín, el aroma de uvas verdes y la melodiosa y tranquilizante voz de su madre.

Después de un extenuante día de juegos y gritos, Candelaria estaba en su árbol, descansando, cuando su madre la llamó a comer. En su afán por bajarse rápido del árbol, Candelaria se resbaló y cayó muy fuerte lastimándose la frente y el codo derecho. Pasaron unos minutos y se levantó, se sacudió la ropa y cuando iba a comenzar a caminar, el gigante árbol la cargó con dos de sus ramas y la llevó a casa. Candelaria, asombrada, no podía creer lo que había acabado de suceder y se quedó de pie, observando cómo este majestuoso gigante se iba, de nuevo, hasta su lugar habitual detrás de su casa.

Pasó el tiempo y Candelaria se fue de casa. Se fue sin despedirse una tarde soleada de marzo.

Se convirtió en una hermosa señorita amante de la escritura y los libros.

Fantaseaba con cada historia que leía. Era una guerrera, una damisela desamparada, una sacerdotisa, un dragón enamorado de un tigre, una gaviota, un herrero... Siempre era un personaje diferente, según el libro que estuviera devorándose. Olvidaba,

recordaba, imaginaba, construía, demolía y reconstruía innumerables escenarios y ambientes.

Pero había algo que siempre estaba acompañándola, algo que no olvidaba y era indestructible: El verde de los ojos de su madre, el aroma de uvas verdes y su árbol. Estos siempre eran elementos infaltables en cada una de sus anécdotas e historias.

¡Candela! ¡Candela!

El corazón cada vez más acelerado parecía tenerlo en los oídos. Latía tan fuerte que hasta podía escucharlo. A medida que se acercaba al árbol, éste se hacía más grande; crecía con tal rapidez y con una desproporción incalculable, que sus ramas buscando libertad atravesaron las ventanas del vagón del Metro, las puertas y la ventilación.

Cuando finalmente llegó hasta la base de árbol, Candelaria sintió el delicioso aroma de uvas verdes y quedó maravillada con la majestuosidad de ese hermoso e imponente guayacán de flores amarillas que creció sin razón aparente en el centro del segundo vagón del Metro de Medellín. Cuando Candelaria reconoció el guayacán como el árbol que marcó su infancia, un indomable deseo de subir por su tronco firme y agarrarse de sus ramas largas y fuertes se apoderó de su voluntad y su cuerpo, haciéndola subir por éste, permitiéndole sentirse de nuevo como esa niña que jugaba y se reía hasta quedar mugrosa y con dolor de barriga después de un productivo día de juegos y felicidad en Aranjuez.

¡Candela! ¡Candela!

A medida que subía, la brisa le hacía agarrarse con más fuerza del gigantesco guayacán de hojas de un brillante verde y flores amarillas. El aroma de su niñez, cada vez más penetrante la inundaba y la extasiaba.

Era imposible parar. Miró hacia abajo y las personas que la acompañaban en el vagón se veían como hormigas. Subió sin parar hasta alcanzar la copa del árbol y con el Metro aún en movimiento, se detuvo a observar la hermosa Medellín y sus alrededores.

¡Candela! ¡Candela!

El llamado era cada vez más intenso, más cercano, más dulce... Pero no sabía de dónde venía.

Miró a todos lados con la esperanza de encontrar en semejante inmensidad la fuente de esa voz.

Cuando el Metro se detuvo en la Estación Hospital, cerró los ojos y escuchó en su oído: *Candela, mi niña.* Y al abrir los ojos nuevamente, se encontró con el dulcísimo rostro de su madre que la miraba con esos hermosos y serenos ojos verdes.

Candela, Candelaria Montiel, despertaba después de un largo sueño en el que estuvo sumergida por cuatro meses, tan largos, que parecieron cuatro años.